ASPECTOS DE LA CULTURA EN EL PERU DEL SIGLO XVI

por: Guillermo Lohmann Villena

Bien se comprende que en el reducido marco de unas notas no es posible ofrecer la panorámica completa sobre la evolución de la cultura en el Perú durante la decimosexta centuria, pero aun a riesgo de pecar de excesivamente escuetos procuraremos brindar, en rápidas pinceladas, lo que estimamos más característico y notable de las expresiones del arte, de las letras y del pensamiento a lo largo de aquel siglo.

La galería de personalidades que con perfiles marcados se inscriben en los anales de la cultura en el Perú se abre con los nombres de varios dominicos: Fray Vicente de Valverde, Fray Tomás de San Martín, Fray Domingo de Santo Tomás y Fray Juan Solano, sin olvidar al primer Arzobispo de Lima, Fray Jerónimo de Loaysa, asimismo dominico. Como queda dicho, la columna de honor se abre con un nombre que desde hace cuatro siglos es objeto de empeñosa polémica sobre su actuación en los sucesos de Cajamarca y el ajusticiamiento del Inca Atabalipa, pero hecha abstracción de esta participación en los eventos de la Conquista hay que anotar en su haber una vasta cultura, de nivel académico, que aun en los azarosos tiempos que le tocó hacer el papel de protagonista pudo dar muestras de su jerarquía. Recuérdese que había completado estudios de Teología al lado del fundador del Derecho Inter-

nacional, su hermano de hábito Fray Francisco de Vitoria, su maestro en el Colegio de San Gregorio en Valladolid. Por cierto entre sus compañeros de aulas figuraron dos futuros prelados en el Perú, los ya mencionados Loaysa y Solano.

Esbozados sus antecedentes —y dejando de lado su controvertida intervención en la captura del Inca y si le transmitió, por boca del intérprete, el famoso “requerimiento” exigido por la legislación española como conminación antes de trabar combate con los ejércitos nativos— importa especialmente escudriñar el pensamiento doctrinal y el caudal científico que atesoraba el P. Valverde. La primera expresión significativa de su minerva se evidencia en el preámbulo del acta de la fundación del Cuzco (23 de marzo de 1534). Porras Barrenechea no vaciló en calificarla “por su elevación de pensamiento y de forma, uno de los más bellos documentos de la conquista de América”. En la mesnada de conquistadores presente en aquel acontecimiento, nadie, sino él, era capaz de empuñar la pluma y redactar un texto de tal contenido ideológico y de tal pulcritud de estilo que a las claras traslucía la impronta del pensamiento expuesto por Vitoria en sus famosas “Relecciones”. En el mencionado preámbulo se recuerda la hermandad de todos los hombres, la solidaridad entre las sociedades y la precisión de organizarse en comunidades dotadas de perfiles cívicos. En ese mismo prólogo se hace hincapié en que el móvil teleológico de la fundación de una ciudad como la heredera de la capital del Imperio Incaico radica en el propósito evangelizador que constituyera la idea vertebral de la acción de España en el Nuevo Mundo.

De regreso a España Valverde entabló de nuevo contacto con su maestro, informándole sobre los incidentes de la conquista del Perú. De esta su última estancia en la Metrópoli data un Memorial, que revela su preocupación por la implantación en el Perú, a la mayor brevedad posible, de una acción destinada a difundir la instrucción. En ese escrito recomienda que en las nuevas ciudades españolas se levante, junto a las iglesias, locales que sirviesen de escuelas para los

hijos de los caciques, en las cuales un monitor se encargaría de impartir las enseñanzas de las verdades de la Fe y de los rudimentos de la educación.

Preconizado como primer obispo del Cuzco, y asentado ya en su flamante sede, el 20 de marzo de 1539 cursó al Emperador Carlos I una extensa comunicación, publicada varias veces. De ese valioso informe sobre el Perú interesa espigar un expresivo pasaje en que aflora el peripatético —ya a través del *De regimine Principum* o acaso directamente de la fuente primicia—, cuando reprocha que a la hora de elegir los emplazamientos de las ciudades del Cuzco y de Lima no se hubieran tenido presente las pautas preconizadas en la *Política* de Aristóteles, pues la primera estaba situada en medio de una hondonada y rodeada de cerros, que no permitía la evolución de las cabalgaduras, y la futura capital del Perú estaba alejada del mar (se entiende para las dimensiones del desplazamiento humano en aquellos siglos).

Sin duda, el mejor indicador para sondear la cultura de quienquiera es el escrutinio de su biblioteca. La del P. Valverde sabemos que ascendía, en conjunto —entre grandes y pequeños— a 178 volúmenes. En la almoneda que de ella se realizó en la plaza principal de Lima, en febrero de 1542, se remataron un tratado de teología; un ejemplar del *Inquirdion* de Erasmo, así como otra obra del mismo autor, en castellano; un libro sobre los milagros de Nuestra Señora (¿El poema de Berceo?); un *Arte* de Nebrija (vale decir, la Gramática castellana); un volumen con las comedias de Terencio; y como detalle altamente significativo, los hermanos de hábito del obispo que tan trágicamente había perecido sacrificado por los naturales de la isla de La Puná, subastaron nueve libros pequeños para incrementar la incipiente biblioteca del convento de Santo Domingo de Lima.

Su sucesor en la mitra cusqueña fue otro dominico, Fray Juan Solano, que rigió esa sede desde 1543 hasta 1560, en que se le ordenó constituirse en España para informar al Consejo

de las Indias. Se tiene noticia de un manuscrito autógrafo suyo, que contenía comentarios de Santo Tomás. En sus últimos años se retiró a Roma, en donde fundó un colegio en el convento de la Minerva.

Es de notar que por estos años iniciales de la colonización, aun en el fragor de las contiendas de las guerras civiles, circularon en el Perú escritores de los que bien vale recoger aquí sus nombres: uno, Alonso Enríquez de Guzmán; de él ha dicho Porras Barrenechea que "el pícaro que se embarcó para las Indias se llama en la novela Guzmán de Alfarache y en la historia del Perú es don Alonso Enríquez de Guzmán".

La narración de sus hazañas y sus andanzas por nuestro territorio en aquellos azarosos años, en realidad un relato autobiográfico, se llama *Libro de la vida y hechos de don Alonso Enríquez de Guzman el caballero noble desbaratado*. El otro autor es don Diego de Silva y Guzmán, con seguridad autor de una Crónica rimada de la Conquista del Perú, y de quien se sabe además que compuso unas "necias y maliciosas coplas" en las que desacreditaba a Almagro. Era hijo de Feliciano de Silva, autor de novelas de caballerías.

Otro dominico, uno de los próceres en el ámbito de la cultura peruana, como que a él se le debe la creación del Estudio General convertido en 1571 en la Universidad de San Marcos, fue Fray Tomás de San Martín. Llegó al Perú imbuido de una preocupación cardinal: el fomento de la instrucción. A solicitud del Pacificador Gasca recorrió la altiplanicie del Collao, buena parte de la actual Bolivia y el sur del Perú, con el propósito de situar los lugares religiosos más estratégicos para la enseñanza de los naturales. Esta campaña fue tan penosa que al final de ella tenía los pies tumefactos y "cuasi perdido" un ojo.

Esa preocupación, que a primera vista se presenta como reducida a alcances puramente misionales, en el ánimo de Fray Tomás de San Martín era apenas el punto de partida de

un proyecto que adquiriría dimensiones insospechadas y que a la postre habría de constituir el timbre de gloria para la cultura peruana, pues culminación de esa inquietud iba a ser el Estudio General, asentado en sus primeros años dentro del convento de la Orden de Santo Domingo en Lima.

Gracias a su influencia sobre los miembros del Cabildo de Lima, Fray Tomás de San Martín de promotor de la idea se convirtió en su más diligente gestor, toda vez que los miembros de la comuna limeña, al saber de que se disponía a viajar a la Metrópoli, le invistieron con las atribuciones de comisionado especial para llevar hasta el trono la expresión de las necesidades más acuciantes de una sociedad que, tras sufrir durante casi tres lustros las zozobras y peligros de las guerras civiles, se encontraba por fin en ruta hacia el bienestar, y en la que los colonos comprobaban con dolor que sus hijos carecían de un centro de estudios superiores en donde cultivar su intelecto. En la sesión del 10 de diciembre de 1549 los cabildantes acordaron el nombramiento de dos procuradores, que fueron nuestro dominico y el capitán Jerónimo de Aliaga, un conquistador de renombre, veterano y por añadidura secretario de la Audiencia. Se les extendieron credenciales y cartas de presentación dirigidas al futuro Felipe II, al Presidente del Consejo de Indias y a cuantos personajes significaban influjo cerca del Emperador para alcanzar el propósito que motivaba la comisión de los dos representantes del Cabildo limeño.

Bien merecen recordarse aquí los términos del capítulo pertinente de las Instrucciones, extendidas el 28 de enero de 1550, y que a la letra dice: "Iten, porque estas partes están tan remotas de España y los hijos de los vezinos y naturales embiándolos a los Estudios de España sería hacer grandes gastos y por falta de posibilidad algunos se quedarían ignorantes, pedir y suplicar a su Majestad tenga por bien y haga merced que en el monasterio de los dominicos de esta ciudad haya estudio general con los privilegios y exensiones y capitulaciones que tiene el estudio general de Salamanca". Es

evidente que al interesarse el rescripto imperial se aspiraba a que el anhelado plantel desde el primer momento alcanzara su máxima jerarquía, y no se limitara a una fundación exclusivamente pontificia (como lo era Palencia) o emanara de un acuerdo municipal (como lo fue Valladolid).

El fruto de las gestiones de Fray Tomás de San Martín (pues Aliaga retenido por graves males no le acompañó en su recorrido por el Viejo Continente) no pudo ser más próspero. Logró ser recibido por el Emperador en Innsbruck, y gracias a su persuasiva argumentación y a su respetabilidad, obtuvo sin tardanza que se expidiera el 12 de mayo de 1551 la Provisión tan vehementemente ansiada.

Entre tanto, el religioso había sido preconizado para ocupar la flamante sede de La Plata, erigida por la Bula de Julio III en 1551. En esta nueva investidura Fray Tomás de San Martín tuvo una espléndida oportunidad para patentizar su celo por todo cuanto propendiera a la difusión de la cultura, y su primer paso fue solicitar autorización para instituir en sus diócesis y a sus expensas otro Estudio General. En fecha posterior se le concedió permiso para llevar consigo desde España hasta su remota sede seis muchachos de coro, de edad entre 14 y 15 años, diestros en el canto, un "bachiller de gramática", que fue el vallisoletano Diego de Arce, y un "escritor de libros" (vale decir un copista), Luis de Abrego. Como detalle curioso cabe añadir que con destino al Estudio General limeño trajo una campanilla de plata moldeada y cincelada, de diez centímetros de alto, con el punzón de Jan Van den Eynde (1550), que hasta hoy se conserva en la Universidad de San Marcos.

Ya en Lima, el 2 de mayo de 1555 contrata con el artífice Sebastián de León la hechura de un órgano para la catedral de La Plata. Con precisión técnica se estipuló que el cañón mayor mediría 3.36 m., sin el pedestal, reduciéndose los restantes "con sus diapasones y en buena proporción"; el instrumento contaría además con un lleno (*plenum*), un flautado y

un churumbelado de quincenas y otro de docenas, "que sea bueno y sonable". El plazo de entrega de la obra se ajustó en un año, debiendo quedar el instrumento instalado y pintado.

La otra figura gigantesca de la galería de dominicos que esmalta la cultura en el Perú en el siglo XVI fue Fray Domingo de Santo Tomás Navarrete, cuya personalidad es todavía más acusada que la de sus precedentes hermanos de hábito, toda vez que su impronta alcanzó a ser aún más profunda y perdurable, pues su obra ha quedado como una pieza clave para el conocimiento del pasado y de la cultura incaica, que penetró con su talento inquisitivo.

Llegó al Perú en 1540, y aquí, en su provincia dominicana, fue el primero que alcanzó el título y grado de Maestro y mereció ser elegido prior del convento limeño en 1544, renovándosele la confianza cuatro años más tarde.

Dotado de un innata aptitud de lingüista, desde que puso pie en suelo peruano se aplicó a familiarizarse con las hablas vernáculas. De entre las 700 lenguas o dialectos provinciales y aun locales en uso en el Perú escogió la llamada "general del Inga" (runa simi), impuesta como idioma oficial en todo el Imperio por el régimen incaico. Fue el primero que desentrañó su sintaxis y estableció la declinación de los nombres y la conjugación de los verbos. Gracias a su singular especulativa en corto tiempo estuvo en condiciones de codificar sus reglas y elaborar "un arte y método facilísimo para hablarla y entenderla". Ya hacia 1550 circulaba un prontuario ideado por él, que corría en copias manuscritas. Fue este religioso el que bautizó dicho idioma con el nombre genérico de quichua (voz que significa zona templada, por ser esa zona andina donde mayormente se empleaba).

Más adelante se enfrentó con otra habla, obscurísima y difícil en grado sumo, llamada convencionalmente Mochica (empleada entonces en una zona de la costa norte peruana y hoy totalmente extinguida). Llegó a dominarla con tal habilidad que sin dificultad podía pronunciar sermones empléandola.

Observador espabilado y escudriñador acucioso, allá en el Cuzco pudo Cieza de León beneficiarse de sus conocimientos. El cronista le exalta con respeto como maestro en antiguallas indígenas; fue además amigo y corresponsal de Las Casas y le remitió valiosos informes acerca de las costumbres y creencias de los naturales de la Costa.

En noviembre de 1555 emprendió viaje de retorno a la Península. En razón de la dignidad que ostentaba llevaba consigo como acompañante un profeso, y junto con ellos iba "un indio para corregir el libro de la doctrina cristiana" que se proponía imprimir. En su impaciencia misional, como aún no se había introducido en el Perú el arte de la imprenta, también llevaba consigo para estampar en España los originales de dos obras suyas, recíprocamente complementarias, fruto de la experiencia como lingüista durante tres lustros. Con esos trabajos ponía en manos de los futuros evangelizadores las claves para penetrar en el alma del elemento autóctono y de paso franqueaba de par en par las puertas del pensamiento y de la cultura aborígen. En opinión de Porras Barrenechea, con las dos obras del P. Santo Tomás "nace la lingüística quechua". Nadie más indicado para definir el valor de ambos repertorios que el autor de ellos, cuando en el Prólogo a Felipe II afirma que "no hay cosa en que más se conozca el ingenio del hombre que en la palabra y lenguaje que usa, que es el parto de los conceptos del entendimiento".

Aunque la utilidad práctica de la *Gramática* es indiscutible, el mérito informativo del *Lexicon* no tiene par a la hora de desentrañar la estructura socio-económica, la cultura y la mentalidad autóctonas.

Es, en buena cuenta, un inventario del caudal lingüístico practicado solamente tres decenios después de la caída del Imperio, vale decir cuando todavía no se habían producido los intercambios y préstamos de la transculturación, de suerte que nos refleja de una forma prístina el mundo cultural del pueblo nativo en todas sus facetas. Aunque elemental o básico

—es un pequeño impreso de 178 hojas en 8º— a través de él puede atisbarse el mundo espiritual de la sociedad indígena, y su valor como elemento de catequesis aparece ponderado por alguien radicalmente ajeno a tal menester, como Huamán Poma de Ayala (v. *La Nueva Crónica*, p. 912).

La *Gramática* —un manual de escasas 96 hojas, también en 8º— es nada menos que el primer tratado metódico compuesto para articular la lengua nativa, ese *runa simi* al que desde Santo Tomás se denomina quechua, con arreglo a las pautas hebrisenses. Su objetivo era facilitar a los misioneros su labor apostólica: "...mi intención principal en este arte no es enseñar a hablar cosas superfluas y curiosas... sino solamente las necesidades para la predicación y publicación del Evangelio..." De sus efectos es prueba cabal que constituyera una de las lecturas que incitaron al P. José de Acosta a lanzarse a su labor en el Perú.

La tirada de ambas obras fue de 1500 ejemplares, que pesaban cerca de una tonelada; los primeros mil los trajo su autor al Perú. Durante un cuarto de siglo, y hasta que en 1586 el jesuita P. Torres Rubio publicara en Lima su *Arte y vocabulario...*, —a juicio de los bibliógrafos compuesto sobre la falsilla de los textos de Fray Domingo de Santo Tomás— fueron el único derrotero para tomar contacto con el catecumenado autóctono.

En un rasgo de sensibilidad, que denota su finura espiritual, a su paso por Sevilla para embarcarse de regreso al Perú encargó al gran escultor Roque Balduque la hechura de una imagen de la Virgen del Rosario, la misma que hasta hoy se venera en la basílica de su advocación en Lima. Más todavía: alcanzó una Cédula para que la Casa de La Contratación de Sevilla pusiera en sus manos 500 ducados para adquirir "una buena cantidad" de libros, con los que pensaba aprovisionar las bibliotecas de los conventos de su Orden en Lima, Cuzco y La Plata (hoy Sucre, en Bolivia).

Antes de ponerse en camino a su sede platense, el 20 de enero de 1564 contrató con dos "escritores de libros", Juan Benítez y Juan Bautista Martínez, la copia de los libros de canto que necesitaba para su catedral. Los mencionados se comprometieron a entregar en el plazo de tres años la siguiente colección de libros de coro, debidamente encuadernados en piel: un santoral diurno y nocturno, con todas las antífonas, versos y responsos del año litúrgico; un común de los santos diurno y nocturno; un oficionario con las misas de todos los santos del año; otro dominical oficionario; todos los invitatorios de los ocho tonos, el de difuntos y el oficio de difuntos; un himnario diurno y nocturno para todo el año; un salterio diurno y nocturno; y por último, un manual para la bendición de la pila bautismal. El juego entero "ha de ser de la marca y letra y punto y tamaño", del que se usaba en la Catedral de Lima, el cual a su vez seguía la tónica de la sevillana. Cada libro consistiría de ocho cuadernos; la encuadernación sería en cuero blanco.

No cabe dentro de los límites de este trabajo, referirnos por extenso a los orígenes y evolución del Estudio General de los dominicos, hasta su conversión en Universidad en 1571, así como a la marcha de ella hasta el fin de la centuria, las doctrinas explicadas en las cátedras y los cursos que debían de seguir los estudiantes para alcanzar los lauros académicos. Quede sí establecido que fue el único plantel de formación intelectual en todo el Virreinato, vale decir, en la América del sur entera, hasta que a principios ya del siglo XVII comenzaron a surgir en el Cuzco, en La Plata y en otras ciudades institutos de educación superior. Consta por lo pronto que ya en abril de 1552 se había recibido en Lima la Provisión imperial por la que se creaba el Estudio General, germen de la más antigua Universidad de América, y que a mayor abundamiento, su brillante trayectoria no ha tenido solución de continuidad desde entonces. En lo que sí vale la pena detenerse brevemente es en el proceso que culminó con la secularización del plantel, entendida como su salida de los claustros dominicos y su existencia independiente.

Los factores que se conjugaron en 1571 y que dieron por resultado el éxodo del Estudio General cabe remitirlos a tres concausas. De un lado la evidente incomodidad que significaba la coexistencia dentro de los claustros de estudios universitarios (el Estudio General) y del centro de formación privativo para los que iban a profesar en la Orden de Santo Domingo; en segundo lugar, la presión del elemento docente secular, ansioso de sacudirse de la tutela del Prior-rector, y en definitiva, el resuelto propósito de la autoridad civil de sustraer al instituto de la hegemonía de la comunidad que lo hospedaba.

En cuanto al primer aspecto, es verdad que el trajín cotidiano que promovían un nutrido cuerpo docente y un censo creciente de estudiantes, implicaba un transtorno para la vida conventual, pues el concurso de foráneos perturbaba el régimen interno de los novicios. Mayor entidad, sin duda, revestían los otros dos coeficientes. Por lo que concierne al primero, era fácil advertir que el conjunto de graduados e incorporados seglares había adquirido ya las proporciones de un colectivo en el que comenzaba a perfilarse un creciente espíritu de cuerpo que se expresaba en reclamar mayor intervención en la marcha del plantel, desvinculándolo al efecto de la tutela de la orden dominica y con facultad de ejercer el derecho de libre elección de las autoridades académicas. Finalmente, era un secreto a voces que esta corriente de disidentes contaba con la paladina complicidad de las instancias del Virreinato, que por su parte contemplaban con buenos ojos la conversión de un instituto adscrito al fuero religioso, y por tanto exento de la jurisdicción civil, en un organismo sometido sin cortapisas a esta última.

Incidentalmente no cabe eludir una referencia a cierto extremo en el que sólo es posible aventurar hipótesis, toda vez que por el momento no hay información solvente alguna pero que dentro del clima ideológico que puso al rojo vivo el virrey Toledo no puede desestimarse: el talante lascasista de la orden y la inequívoca actitud de algunos miembros de ella

en el Perú, que no disimulaban su adhesión al ideario lanzado por su fogoso hermano de hábito. Todo esto debió de gravitar en forma decisiva para que dicho gobernante auspiciara el proceso que culminó con la emancipación del plantel de la tutela de sus fundadores.

Ahora bien. La consideración de la cultura en su ámbito académico no puede concebirse sin su base indispensable: los libros. Es evidente que por muy sólida que fuese la formación de los catedráticos y del cuerpo docente de los Institutos religiosos, por muy copiosa que fuese su doctrina adquirida en los claustros de la Metrópoli, por muy nutridas que estuviesen las aulas, sin el renovado flujo de los libros nada hubiera podido prosperar. Por eso, se impone echar una mirada, siquiera fugaz, sobre el comercio de los libros durante el siglo XVI.

Por mucho tiempo se tuvo como artículo de fe que la Corona española había prohibido la exportación de libros al Nuevo Mundo, manteniéndolo a éste y a sus pobladores sumidos en el más absoluto obscurantismo. Los estudios realizados desde hace unos decenios en dos fuentes complementarias recíprocamente —la lista de embarques de libros en Sevilla y los inventarios de las bibliotecas particulares en todo el Virreinato, aun en los pueblos más alejados— han puesto de relieve que los libros circulaban en proporciones que aún hoy parecen increíbles.

Es cierto que la Corona había prohibido, desde 1534, la exportación a las Indias de unos libros, pero estos eran exclusivamente los libros de caballerías, que por su carácter novelesco podían inducir a los neófitos del otro lado del Atlántico a creer que se debía conceder el mismo valor a unos textos de ficción que a los libros sagrados. Fue exclusivamente con este propósito que se tuvo especial cuidado en que no se enviaran por los libreros de España novelas de caballerías; pero como de costumbre, las leyes se transgredían sin ninguna dificultad. Sabida es la enorme influencia que tuvieron estas

obras de ficción en las hazañas de la Conquista: La Florida o California, y la fuente de la juventud eterna eran temas de la novela que luego se convertían en realidades en esta orilla del Atlántico.

Ya se ha hecho referencia al remate de los libros del P. Valverde, realizado en la plaza principal de Lima en febrero de 1542. Es curioso anotar que un ejemplar con las comedias de Terencio, en latín, fue adquirido por el futuro cronista Juan Diez de Betanzos, autor de la *Suma y Narración de los Ingas*. Con el avance del tiempo, este caudal de libros fue incrementándose y a finales de la centuria existían en Lima varias librerías cuyos proveedores eran los impresores de Medina del Campo (Las familias Sarria y Del Canto), de Sevilla (Hornillos y Montesdoca) y otras ciudades peninsulares. Es más: se conserva una lista del pedido formulado por un librero limeño, en el que se especifica cuál edición y de dónde eran los impresos que solicitaba a su corresponsal en la Metrópoli, claro indicio de que no solamente existía un mercado amplio para el negocio de los libreros sino que los clientes solicitaban determinadas ediciones, acaso por su calidad tipográfica, por su mérito bibliográfico o seguramente por afición a un preciso autor.

Pero donde mejor se advierte en qué poca estima se consideraba la legislación es en el hecho de que libros prohibidos como la *Celestina* o de autores proscritos como Erasmo o inficionados de sus doctrinas —el doctor Constantino de Sevilla— se encuentren en las bibliotecas de personas aun de escasa figuración social, lo cual demuestra que de hecho no había dificultad en adquirir tales publicaciones.

Pero sería ofrecer una visión parcial si sólo anotáramos el nivel cultural de determinados estamentos sociales o de algunos grupos, tales como juristas, catedráticos o personas de figuración en los ámbitos académicos. También en el pueblo se pueden recoger testimonios fehacientes de una preparación muy distante de la opinión comúnmente seguida de que

los conquistadores eran gente ruda, analfabetos y de hecho insensibles a los encantos del refinamiento espiritual. Es evidente que la conquista de un Continente no puede realizarse sin el auxilio de elementos dispuestos a todo, pero de ahí a considerar a las huestes de Pizarro o de Almagro como totalmente desprovistas de preparación intelectual, media un abismo. El libro de Lockhart —*Los hombres de Cajamarca*— en el que se pasa revista a la preparación de los que participaron en este hecho epónimo, pone de manifiesto que el porcentaje de los que sabían leer y escribir era muy superior al que hasta ahora se suponía, y no es necesario acudir a investigaciones muy profundas para adquirir la certeza de que ese tópico se bate en retirada.

Para muestra del nivel que alcanzaba la musa popular, he aquí el fragmento de un poema que narra con términos dramáticos la suerte que corriera el infortunado caudillo Hernández Girón, derrotado por las fuerzas leales a la Corona en 1554. Del romance, muy extenso, transcribimos aquella parte en que se despidе de su esposa:

—Adiós, adiós, amor mío
¿Qué me mandáis, que me vo?
Hacé cuenta que marido
Jamás para vos nació;
Vendiéronme mis amigos,
Dellos mal pagado só,
Los que en esto me metieron
Cada cual se me salió.
La muerte me están tratando,
¡Ved qué les merecí yo!
En sus brazos la tomara,
En ellos se amorteció;
Las lágrimas dél la mojan,
Presto en su acuerdo volvió.

—¿A dónde vaís, honra mía,
que no me lleváis con vos?
Lleváme, que a pie o descalza
Jamás os faltaré yo.

¡Desdichada de la madre
que la hija parió!
Nunca yo fuera engendrada,
Pluguiera al eterno Dios.

—Ya no es tiempo, mi señora,
Que me sigáis, respondió;
Quedaos con vuestros padres,
No esperéis ya verme, no;
Si vos sentís mi partida
Mucho más la siento yo.
Tomáranla por la mano,
A Barba la encomendó.
Los sollozos que dan ambos,
De vellos es gran dolor.
Hacen triste despedida,
Mortales están los dos.
Allí llega un sacerdote,
Grande priesa dá Girón,
Apriesa pide el caballo;
Primero que en él subió,
Besárala en el carrillo.
Palabra no le habló.
Con furia parte del fuerte;
La muger que ir le vió,
Llorando que reventaba,
A sus soldados habló:

—¿Qué es de vuestro General?
¿Cómo no le seguís, no?

No resisto la tentación de otro fragmento de un segundo romance, también relacionado con el caudillo y la despedida de su consorte:

—¿Qué os parezco, mi señora,
De esta desventura mía?
Mis contrarios no eran parte
De ponerme en tal fatiga.
Véome desbaratado
De quien antes me valía;

Mis amigos fueron solos,
Los que me ponen en huída.
Esme forzoso dejaros
Aunque el alma lo sentía.
Haced cuenta que de verme
Será postrero este día.
Ahí tenéis a vuestros padres,
estad en su compañía,
En ver que quedáis con ellos
Mi mal un tanto se alivia.
Doña Mencía lloraba,
Mientras él esto decía,
Con delicados sollozos,
Responde a lágrima viva:

—¿A dónde váis, mi señor?
¿Do váis, esperanza mía?
No me dejéis triste y sola
Con aquesta pena esquiva,
Llevadme, señor, con vos,
Donde os tenga compañía;
Haced cuenta so un soldado,
Que con vos junto camina,
Que si he de quedar sin vos,
¿Para qué quiero la vida?

Francisco Hernández responde:
—Descanso del alma mía,
¿Cómo queréis ir conmigo,
Huyendo y sin alegría,
Pues sabéis que mi camino
A huir sólo se inclina,
Y si a vos, mi bien, llevase,
La cosa toda es perdida?

Verdaderamente el estilo de este anónimo pone al descubierto que era sensible a las escenas en las que la imaginación popular debió de contemplar una idealización de los acontecimientos cotidianos de las guerras civiles.

El paso siguiente en este recorrido apresurado por los campos de la cultura en nuestro Perú del seiscientos desemboca en el teatro, aun considerado en sus momentos iniciales. Dado que el arte dramático resume en su contenido literatura, danza, música y hasta una incipiente arquitectura en las tramoyas, es evidente que para alcanzar este nivel cultural se requiere una mentalidad abierta al juego escénico. De acuerdo a los cronistas, en los primeros años se realizaban rudimentarias funciones teatrales, pero es a partir de la sexta década del siglo en que ya puede hablarse con cierta certeza de las actividades teatrales. El primer testimonio conocido es un *Auto de la gula*, que se ofreció a los limeños en la festividad del Corpus Christi, en 1563, y de ahí en adelante la afición fue creciendo hasta alcanzar proporciones realmente impresionantes. Dediqué mi tesis doctoral en la Universidad a trazar la historia del arte dramático en Lima, y por eso seáme permitido volver sobre esas pesquisas documentales de mi juventud, que por cierto me depararon verdaderas sorpresas al comprobar la magnitud que alcanzó el movimiento teatral en Lima, desde luego no en el siglo XVI sino más bien en el XVII en el que las obras de los principales autores españoles deleitaron al público limeño, ansioso de escuchar novedades. De la afición, mejor dicho pasión, que despertó en Lima todo lo relacionado con el teatro es fehaciente testimonio que ya en 1574 un limeño, Sancho de Ribera —por cierto elogiado por Cervantes junto con otros literatos peruanos— se animara a componer una obra que se representó en la mencionada festividad del Corpus, que era la ocasión magna para que en el atrio de la catedral se alzara un proscenio, en el cual la multitud podía presenciar dichas funciones.

De la jerarquía de los actores puede dar idea que muchos de fama en los teatros de España se animaron a cruzar el Océano y desempeñar su profesión en estas tierras. El primer conocido fue un Sebastián de Arcos, que había alcanzado merecida popularidad en Sevilla. Otro actor limeño de por entonces fue don Antonio Navarro. Hasta dentro de la Universidad se ofrecían funciones cuando el Virrey hacía su

primera visita oficial al claustro. El catedrático de Latinidad era el encargado de componer los textos que luego eran recitados por los mismos estudiantes. En 1582 comenzó a actuar en los escenarios limeños Francisco de Morales, que se denominaba a sí mismo con el pomposo título de "maestro del arte cómico". Tampoco puede olvidarse que las Ordenes religiosas, en especial la Compañía de Jesús, se distinguían por ofrecer funciones teatrales. Acaso alguna de éstas pudo ser organizada por el ilustre jesuita P. José de Acosta, naturalista, historiador y escritor insigne, que por entonces residía en Lima.

Por su parte, los virreyes contribuían al esplendor de estos actos. El Marqués de Cañete, que vino al Perú en 1589, trajo consigo una pequeña orquesta que seguramente debió de colaborar en las funciones teatrales. En las postrimerías del siglo se construyó en Lima el primer local especialmente dedicado a funciones teatrales, antecediendo en esto a México. Hasta entonces las funciones se ofrecían en algún patio o "corral" (término que en la acepción de entonces no se refería a un lugar en donde se crían aves domésticas, sino un patio de vecindad o recinto del interior de un inmueble). Ese primer local estuvo contiguo al convento de Santo Domingo. Como noticia curiosa hay que añadir que en 1597 se ofreció una representación de títeres, llamada "castillo de maravillas". Dos años más tarde los limeños escuchaban —creemos que por primera vez— versos de Lope de Vega.

Ese año, en la repetida festividad del Corpus Christi, la compañía de Gabriel del Río ofreció una comedia a lo divino del Monstruo de la Naturaleza que se titulaba *El nacimiento de Urson y Valentín*. No estará de más recordar que por entonces vivía en Lima y actuaba en los escenarios de la ciudad un actor llamado Diego Díaz, marido de Micaela de Luján, la cual mientras su esposo estaba en estas tierras se solazaba en brazos del propio Lope de Vega a quien le dio algunos hijos.

Me referiré ahora, brevemente, a la literatura. Por entonces se registraba una verdadera ebullición no sólo en Lima sino en el Perú por igual. Ya se ha hecho mención de un poeta, elogiado por Cervantes, pero él no es el único que mereciera el justo testimonio de enaltecimiento del autor del *Quijote*. A su lado también merecieron encomios Juan Dávalos de Ribera, Diego de Aguilar y de Córdoba, que redactó en Huánuco un extenso relato de las fechorías de Lope de Aguirre en *El Marañón*, el P. Cabello de Balboa, autor de la *Miscelánea Antártica* verdadero alarde de erudición histórica que contiene el único relato de la presencia de una fantástica expedición que llega desde tierras desconocidas a Lambayeque. También, Diego Martínez de Ribera, que residía en Arequipa, y otros cuya sola mención nos llevaría muy lejos; pero ello no nos exime de dedicar unos instantes a los más descollantes que elogió Cervantes.

Entre ellos destaca Enrique Garcés, un portugués que aparte de catear minas y de importar al Perú desde México un procedimiento novedoso para aprovechar el azogue, tradujo *Los Lusíadas* de su compatriota Camoens. Otro traductor, Diego Mexía de Fernangil, sevillano, se dedicó a poner en español las *Epístolas* de Ovidio, y por su parte el referido Garcés lo hizo con los sonetos y canciones de Petrarca. Acaso lo más curioso de esta pléyade de literatos sea recordar a uno de ellos, Carlos de Maluenda, que entre las poesías laudatorias con las que Aguilar y de Córdoba exornó su relato *El Marañón*, se presentó con un soneto en francés y otro en italiano. Todo esto, así, sumariamente expuesto, deja ver a las claras la importancia que había adquirido la cultura en el Perú en el siglo XVI, y como queda dicho, no solamente en Lima, sino en Huánuco y en Arequipa y eso sólo por citar las ciudades en las que fehacientemente residían escritores de nota.

La más alta calificación de este coro la alcanzó Pedro de Oña, con su *Arauc domado*, poema heroico que redactó a sus 24 años y se publicó en Lima en 1596. El poema, cuyo propósito es reivindicar la fama de don García Hurtado de

Mendoza, Marqués de Cañete, virrey por entonces en el Perú, es una muestra de la altísima calidad que habían alcanzado los poetas peruanos. El Marqués de Cañete había quedado resentido con *Ercilla*, que en *La Araucana* no solamente había sido cicatero en sus elogios al gobernante cuando éste por delegación de su padre ejerció el mando en Chile, sino que inclusive por el tono de sus octavas concedía más importancia a los caudillos araucanos que al mandatario español. Por eso encargó al joven estudiante Oña que realzara sus méritos, no sólo como protagonista de la acción en Chile sino ya como virrey del Perú.

Desearía ahora dedicar unas cuantas líneas para esbozar las influencias foráneas que moldearon las corrientes estéticas del Perú de entonces. La fascinación humanista, ante la que se rindieron los hombres de letras de aquellos años, inyectó en la vida intelectual de nuestro país un fermento de riqueza y complejidad, cuyas huellas se han salvado gracias a las relaciones de justas literarias y certámenes. Sin remontarnos a los lejanos destellos virgilianos que afloran en las tarjas que exornaron el túmulo levantado en la catedral de Lima en las exequias del Emperador, en noviembre de 1559, basta no dejar en el olvido que el vate mantuano vuelve a inspirar los pujos poéticos de los rimadores que pulsaron la lira para ofrecer al agustino Fray Mateo de León —“persona de muy dichoso intelecto y generalísimo en toda suerte de antigüedades y curiosidades”— sus copias para hermostrar el arco erigido para la entrada del tantas veces mencionado virrey Marqués de Cañete, en enero de 1590, en el que unas pinturas efigiaban personajes de *La Eneida* y cartelas reproducían versos de la misma. A esta ampliación de horizontes no fue ajena la solicitud de los libreros, a cuyas actividades favorecedoras de la ilustración general ya se ha hecho referencia.

En los autores de los prólogos y composiciones preliminares de los libros impresos por entonces en Lima (recordemos que desde 1584 ya se editaban obras no solamente consagra-

das al ramo de la evangelización sino también al de las bellas letras —el referido *Arauco domado*—, a las ciencias jurídicas y del derecho canónico instruidos todos ellos en el latín y familiarizados con la mitología grecolatina) se advierte un brío inusitado por desarrollar un programa de raigambre humanística. A esta corriente de sesgo humanista se vino a sumar la penetración italianizante, con su prestigio legendario. No es un acaso que Garcés tradujera a Petrarca y a Patrizzi, que la impronta de Tasso y de Ariosto se trasluzca en el poema de Oña y que Dávalos y Figueroa vierta al castellano a Tansillo y a Vittoria Colonna.

En el cruce de la tradición grecolatina, la erudición humanista y la oleada itálica germina la mentalidad de los escritores de finales de la centuria. Contribuyeron en modo apreciable a este influjo tres pintores: el hermano jesuita Bernardo Bitti, Mateo Pérez de Alecio y Medoro Angelino. Los tres italianos, los tres artífices de nota, significan una aportación de primera magnitud a las expresiones pictóricas de entonces. Mateo Pérez de Alecio había dejado la impronta de sus pinceles en la Capilla Sixtina y en el San Cristóbal de la Catedral de Sevilla, que hasta hoy dejan ver la calidad de su arte. De Bitti todos recordarán que hace algunos años se ofrecieron a la admiración, en el convento de San Francisco, varios lienzos que eximen de toda ponderación. Cierren sus nombres ilustres estas premiosas notas sobre algunos aspectos de la cultura en el Perú de hace cuatro siglos.

Académico don Enrique Peña Barrenechea.
(Retrato al óleo, por Cota Carvallo)